

NUESTRO ANTICOMUNISMO

Tras la reciente experiencia, por un movimiento reflejo, por puro instinto de conservación, los españoles somos ya, sin más razones, anticomunistas. Aunque ignorásemos ciertos planes de allende la frontera, aunque no viéramos el cuadro que ofrecen ciertos países y la amenaza para el nuestro, nos basta, para rechazarlo, saber que en España el comunismo, por sus métodos y por nuestro temperamento, volvería a ser, como lo fué, como lo habían previsto nuestros grandes pensadores, una antesala, bastante incómoda, del infierno.

Con una dialéctica elemental, aquí nos bastaría también, para ser anticomunistas, ver cómo el comunismo niega sistemáticamente la patria, expatriando de raíz a los hombres, y cómo destruye los valores del Catolicismo, forjador y consustancial de nuestro pueblo. Con lo que, por desarraigado y por anticatólico, nos resulta dos veces la anti España. Hay gentes por ahí que califican este anticomunismo de truco gubernativo. Si no respondiera a una realidad, ¡qué poca vida tendría semejante engaño! Y, digámoslo por si acaso, aunque no tuviéramos otra razón para mantener nuestro estilo político que las presiones comunistas para derribarlo, ya podría ser ésta para muchos una razón previa más que suficiente. Resulta ingenuo pensar que, luego de *aquello*, de un siglo de no entendernos y un decenio de cazarnos, pudiéramos tender la mano a cualquier situación pucante, dejarnos llevar, como diría Donoso o Mella, por oleadas que vienen empujadas por una ola roja cada día más terrible.

Ahora bien, precisamente porque nuestro anticomunismo sigue sangrando, y porque sentimos cristianamente las heridas abiertas donde hermanos nuestros, importa sondarlo bien y extraerle a esa reacción sus jugos positivos. Nuestro *anti* no es una actitud negativa, sino un rotundo *porque sí*, cuajado de razones, frente a una serie de negaciones extrañas, la dimensión combativa con que surge en el momento histórico actual, mirando por sí y por los demás pueblos y por cuanto queda de bueno

en el mundo, el genio católico de España. En ésta, como en tantas ocasiones, nosotros no hemos salido a forzar la aventura: nos hemos limitado a defender sin claudicaciones ideas e ideales que son patrimonio de la Humanidad. A defenderlos y a guardarlos: algún día les vendrá bien este depósito a tanto despistado como ahora nos ofende.

No vamos aquí a inventar nada *a posteriori* ni a esgrimir interpretaciones sutiles. El contenido de los textos es diáfano.

Nosotros reconocimos desde un principio que los movimientos obreros culminantes en el marxismo tenían una justificación histórica y una explicación psicológica. Pero negamos y seguimos negando que la solución marxista sea la solución justa y viable del problema. Las clases humildes tuvieron que defenderse contra un sistema y una situación que les prometía toda una tabla de derechos, que se quedaban allí, en la tabla, sin proporcionarles mejora alguna efectiva, ni moral ni material. El socialismo reaccionó contra aquella farsa, donde la libertad sólo servía para esclavizar a los débiles: Pero "vino a descarriarse porque dió, primero, en la interpretación materialista de la Historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases". No aspiró ni aspira — prosigue José Antonio — a restablecer una justicia social rota, sino a llegar en la injusticia tantos grados más allá cuantos más acá llegara en su injusticia el liberalismo económico.

Naturalmente, en ese clima de resentimiento, de *envidia existencial*, como diría Max Scheler, no cabe recoger otros frutos que el odio enconado. La noción de jerarquía queda desplazada por el partidismo clasista, y al cabo nos hallamos con que el sentimiento de casta se halla tan arraigado en las concreciones marxistas como en las más odiadas formas burguesas. Al mito democrático del pueblo soberano, Marx opone el mito socialista del proletariado; "la sociedad — advierte Berdiaeff — es absorbida y tiranizada por el proletariado mesiánico, y en esta tiranía vemos desvirtuadas, trituradas, las clases medias, con todo el cuadro de valores sociales que dichas clases representan. No se trata de consecuencias más o menos previstas; es el propio Lenin quien en *El Estado y la Revolución* propugna descaradamente — el descaro es una de las notas de su estilo — un dominio del

proletariado sobre la burguesía, sin limitaciones legales y apoyado por la violencia.

Sólo que esa redención del proletariado tiene un valor meramente formulario, es una vaciedad apasionante del mismo corte que la trilogía de la Revolución francesa. Ni se redime al obrero ni importa redimirlo. Al hablar a las masas —sigue aleccionando Lenin a los suyos— hay que darles respuestas concretas; hay que esforzarse por conocer minuciosamente la vida obrera... Y cuando el ingenuo lector cree que esto será para remediar sus males, resulta que es, cito textualmente, “para pulsar los resortes más sensibles a la propaganda”.

Quede esto bien sentado. Nuestro anticomunismo no responde al afán de mantener una situación privilegiada frente a los obreros, sino al anhelo de una profunda justicia social, donde no quepa el odio. “Nosotros no queremos una revolución marxista; pero sabemos que España necesita la suya.” “El día que me encontrara en los cielos con el metalúrgico, el carpintero o el campesino que me hubieran pegado los tiros por la espalda, en cuanto tuviéramos diez minutos de conversación, el metalúrgico, el campesino o el carpintero se convencerían de que se habían equivocado al dirigir esos tiros.”

Más que los ataques al capitalismo nos ha indignado siempre en las maniobras comunistas su frío sarcasmo con la masa. “Carlos Marx —continúa José Antonio— era un judío alemán que desde su gabinete observaba con impasibilidad terrible los más dramáticos acontecimientos de su época. Un judío alemán que, frente a las factorías inglesas de Manchester, y mientras formulaba leyes implacables sobre la producción, sobre la acumulación del capital, sobre los intereses de los patronos y de los obreros, escribía a su amigo Engels diciéndole que los obreros eran una plebe y una canalla, de la que no había que ocuparse sino en cuanto sirviera para la comprobación de sus doctrinas.”

En cuanto a Lenin —el retrato lo hace João Amcal— se nos muestra con tres rasgos principales: insensibilidad moral, espíritu sistemático y complacencia en la violencia. Ponderemos lo que pueden dar de sí, bien cultivadas, estas tres *virtudes*... Ni en Rusia ni fuera de Rusia tiene ya nada que ver el comunismo con aquella primavera sentimental de ciertos movimientos obreros: “el comunismo ruso viene a implantar la dictadura del

proletariado, la dictadura que no ejercería —que no ejerce, podemos ya decir— el proletariado, sino los dirigentes comunistas servidos por un fuerte ejército rojo” (1).

El peligro comunista es mucho más que la difusión de un sistema anticapitalista: implica un desmoronamiento espiritual, cuya primera víctima es la libertad del hombre. Esta nota bastaría para explicar nuestra reacción. En otras ocasiones hemos destacado ese sentido hispánico de la libertad, que llega incluso a darle una dignidad señera a nuestra Mística, en contraste con las delicuescencias de ciertas latitudes. Aquí, más llanamente, prefiero traer testimonios ajenos. El comunismo, en expresión de W. Churchill, en junio de 1945, “no sólo atenta contra la propiedad en todas sus formas, sino que sus conceptos fundamentales van también contra la libertad en todas sus manifestaciones”. “Esos hombres —ha acusado hace pocas semanas el general De Gaulle— invocan la justicia social y la liberación de las masas, pero su verdadero objetivo es llevar por la fuerza a nuestro hermoso país a un régimen de servidumbre totalitaria, en el que ningún francés podría ya llamar suyos a su alma o a su cuerpo...” Hace siglos que un cristiano debe saber que no cabe hablar de libertad política donde se niegan los principios de la libertad moral.

El comunismo desvirtúa, con la dignidad del hombre, la de cualesquiera instituciones humanas. Porque comienza por negar a Dios, y “es una lucha fría y absoluta contra todo lo divino” (Encicl. “Divini Redemptoris”). He ahí otra vez volviéndose contra los hombres los ataques dirigidos a Dios. ¿Qué le resta a la Humanidad si la despojamos del sople divino del Génesis y de

(1) Concretamente, en España esa dictadura ofrecía ya en su fase de gestación este cuadro idílico: “... En vez de haber tendido a mejorar la suerte del pueblo con una política generosa, se le irritó con propagandas agresivas, y luego se le dejó sin nada, hambriento como antes y más rabioso. Un marxismo crudo y hostil impidió que lo nacional y lo social se armonizaran. La política social adquirió en muchos puntos aire de insolencia, de altanería de vencedores. Los niños de las escuelas empezaron a levantar el puño, y los obreros socialistas a mirar por la calle con la altivez de quienes, si toleran la vida al resto de los mortales, es por pura condescendencia. Un aire ruso, asiático, opresor, orecaba todo aquello. Empezaba a barruntarse la dictadura del proletariado.” (*Juventud a la intemperie.*)

Cristo? Nada; es decir, sí, le quedan las ilagas del ateísmo, ese que ha denominado certeramente Eugenio Montes la "pusvalía", el sentido purulento de la Historia.

Como cristianos tócanos extremar la solidaridad humana, y el comunismo no es solidaridad, sino aplastamiento, burocracia autoritaria en su peor forma (Spengler). Su pesimismo a ultranza, sin ideales constructivos, sobre el eje de una dialéctica catástrofica, no ofrece resorte alguno de salvación. Sus atrocidades —denunciaba ya Pío XI— no son excesos transitorios, sino frutos naturales de un sistema que carece de todo freno interno. Con la dignidad de la persona se viene abajo la del matrimonio y la familia, y cunde una deshumanización implacable, donde, con los valores religiosos y morales, caen, ineludiblemente, hasta los estéticos. En *La fábrica de los hombres nuevos*, novela anterior a la última guerra, exclama desesperadamente la protagonista: "Yo quisiera poder vivir al menos un día, un solo día, una vida normal. Mañana y tarde nos agobia un trabajo ciego, y por la noche amontonamos, sobre pautas forzadas, informe sobre informe... *Et jamais rien de beau!*"

En la literatura, en las referencias de algunos procesos sensoriales, adviértese muy presto un amasijo de crueldad y tedio, un como fatalismo del odio, donde a menudo hay todavía más insensibilidad que malevolencia.

Porque la deshumanización alcanza a todos, y aun más a los perseguidores que a los perseguidos, quienes de algún modo cuentan con la purificación del dolor.

En resumen, por lo que respecta a este punto, el comunismo no ha suprimido, *ni en realidad quiso suprimir*, nada de cuanto prometía evitar: miserias, explotaciones, proliferación burocrática, imperialismos belicistas; y encima les ha quitado a muchos hombres la esperanza, cegándoles la fe. Con palabras más autorizadas: "El comunismo —ha dicho el Caudillo— es la negación de todos los principios que sostienen nuestra civilización católica, la negación de la Patria y la estafa más grande en el orden de lo social... Nosotros no condenamos el marxismo ni el comunismo por cuanto encierran de aspiraciones en lo social, que no sólo compartimos, sino que superamos, sino por cuanto tiene de antinacional, de materialista y de falso." Y José Antonio: "Esta dictadura comunista tiene que horrorizarnos a nosotros, euro-

peos, occidentales, cristianos, porque esa sí que es la terrible negación del hombre; esto sí que es la asunción del hombre en una inmensa masa amorfa, donde se pierde la individualidad... Notad bien que por eso somos antimarxistas: porque nos horroriza, como horroriza a todo occidental, a todo cristiano, a todo europeo, patrono o proletario, esto de ser como un animal inferior en un hormiguero. Y nos horroriza porque sabemos algo de ello por el capitalismo; también el capitalismo nos convierte en muchedumbre gregaria, y también el capitalismo es internacional y materialista."

Porque, ¡claro!, hay que jugar limpio. Sería indigno rechazar un régimen por materialista, por inhumano, por antinacional, y no rechazar estos males dondequiera que estén. De ahí la condena del gran capitalismo en sus atentados a las autarquías nacionales, en cuanto separa dos mundos, el de los poseedores y el de los desheredados, con la misma brutalidad que el comunismo, y entorpece la libertad y la perfección de muchos seres humanos. Por eso condenamos ciertas formas burguesas que asquean por su redomada insensibilidad. Bien entendido que aquí tampoco hemos hecho más que sacarle el filo a las Encíclicas. La vida contractual y el comercio de todas las cosas --denunciaba ya León XIII-- está en manos de unos pocos, "de tal suerte que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos". El mismo Pontífice, que en la "Quadragesimo Anno" afirma categóricamente que "socialismo religioso, socialismo cristiano, son términos contradictorios: nadie puede al mismo tiempo ser buen católico y socialista verdadero", protesta contra la "injusta distribución actual de las riquezas" y señala la "necesidad de una redistribución". El gran capitalismo --añade--, desentendido de cuestiones de conciencia, trata de adquirir una potencia económica para alcanzar la política y llegar al dominio de la vida internacional. El individualismo económico llega a desvirtuar la idea de patria; "la patria está donde se está bien". Pero es que, además, estas calamidades temporales no son nada, comparadas con la ruina de las almas: "Las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentran las mayores

dificultades para atender a lo único necesario, a la salvación eterna.”

Conforme a esta doctrina irrefutable, ¿qué de extraño tiene que, respetando lo que de respetable tiene la propiedad, José Antonio hablara de desmontar de una vez para siempre ciertos tinglados grancapitalistas? El capitalismo, aclaraba, no sólo no es la propiedad privada, sino que la niega, en cuanto tiende a absorber al pequeño propietario. La propiedad es atributo elemental del hombre, y el capitalismo implica un instrumento de dominación económica en competencia terrible y desigual con la pequeña propiedad, con la pequeña industria. Nadie como José Antonio se revolvió contra ciertas gentes: “El ocioso, convidado a la vida sin contribuir en nada a las tareas comunes, es un tipo llamado a desaparecer de toda comunidad bien regida.” Los embalses del capital, en todo caso, no se han hecho para que unos cuantos privilegiados organicen regatas en su superficie, sino para mover unas turbinas, de donde pende la suerte y el pan de muchos hombres.

Rechazamos cuanto signifique desenfreno moral, allí donde se encuentre, a sabiendas de que mucho más repugnante que el marxista es el materialismo burgués, no digamos ya el de los cristianos. Y, por tanto, tampoco tenemos nada que aprender de ciertas civilizaciones, donde, bajo formas sin duda más brillantes, confúndese valor y precio, va desapareciendo tontamente el hogar, y el llamado matrimonio no pasa de ser un sucedáneo, mero requisito burocrático de un dorado libertismo sexual. Digo esto porque ya dan grima también los intentos de combatir el comunismo desde el ángulo individualista y hedonista. Claro que tales libros hay que leerlos a beneficio de inventario; pero no conozco apologías más espléndidas del comunismo que ciertas novelas fletadas como anticomunistas, y donde sólo vibra una exacerbación del yo. Recuerdo una de ellas, *Los que vivimos*, en que el único personaje medio decente que por allí desfila, pese a sus extravíos ideológicos, es un estudiante comunista.

¿Será necesario repetir que el liberalismo es inocuo para conjurar el comunismo? Aparte las premisas liberales que en el comunismo cabe descubrir, cualquiera puede observar, en ciertos contubernios y regateos, que el liberal es anticomunista por apego egoísta a ciertas formas de vida, por prudencia de la carne,

no por una ideología y una ética claras. Pues, entre nosotros, muchos de los que chillaban durante la República y los años de zona roja, ¿no eran ricos por obra de aquel ensayo de comunismo que se llamó desamortización? Por otra parte, ¿quién no percibe el profundo desprecio que los dirigentes comunistas sienten por la inanidad liberal? No me entretendré yo en discernir si este desprecio, antes que bolchevique, era ya ruso; pero notorio es que no pierde ocasión de manifestarse, y eso que sólo conocemos las versiones oficiales de los encuentros.

Necesitamos contraponer, pues, dos concepciones, no dos egoísmos, con clara conciencia de lo que es el hombre. "La construcción de un orden nuevo —se consigné ya en los días fundacionales— la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos." Necesitamos renovar la concepción económica, ajustarnos al genuino alcance de la propiedad, sin dejar que los medios se apoderen de los fines. Necesitamos una revolución que incorpore dignamente a todo ciudadano, por ínfimo que parezca su puesto, a la vida nacional, sin dejarle sistemáticamente al margen como instrumento de los otros que tuvieron más suerte que él.

Lo primero que hay que reconocer son los valores morales, no sólo del hombre en general, sino del trabajo. Esclavitud fué el considerar al hombre como cosa, y esclavitud es el considerar el trabajo como mercancía. Por supuesto, que en ningún tratado se considera ya tal; pero, ¿y en la práctica? ¿Y la tendencia insensible a dominar a quienes trabajan para nosotros, a las gentes a quienes pagamos un servicio?

Acontece con el trabajo algo análogo a lo que acontece con la cultura. Nos mueven a saber y a trabajar una serie de estímulos naturales: la curiosidad, el amor propio, el interés, el afán de perfección, el goce estético, la llamada inexcusable de la verdad y la felicidad, la necesidad de dar cauce a un sin fin de inquietudes, a la propia inquietud existencial (Henri de Man); y bien, ¿cómo se las ha habido el hombre para malograr con tanta frecuencia aquel goce infantil de los primeros conocimientos y los primeros deberes? Además del inevitable dolor de la vida, ¿qué tedios y acideces, qué feroz avinagramiento hemos añadido por nuestra cuenta a nuestra cultura y actividad?

Warner Sombart, analizando el proceso económico de los si-

glos XIX y XX —bajo un epígrafe expresivo: “La construcción de la Torre de Babel”— lanza esta sentencia: “El alma ha sido eliminada, excluida, y con ella la iniciativa, la libertad, la autonomía en decidir su propio destino.” Y, ¡claro!, si el hombre se desentiende de los altos fines de su vida, ¿qué vinculaciones morales ni qué ilusión va alentar en su trabajo? ¿Cómo no iba a deshumanizarse el trabajo, si comenzó por deshumanizarse el hombre?

Sólo cuando lo traspasamos, próxima o remotamente, de una finalidad moral, es el trabajo digno del hombre, y descubre su auténtico secreto: el mando del espíritu sobre las cosas. Sin comparar lo incomparable, pensemos en el dominio supremo del mundo material, ejercido por Dios y ejercido en ocasiones por los santos. Su poder ha superado hasta lo inconcebible las posibilidades y aun los ensueños tecnicistas, porque llegó a suspender las leyes mismas de la naturaleza. Pues bien, la Providencia y el milagro enseñan que, para dominar las realidades materiales, hay que situarse a muchos codos por encima del materialismo.

La técnica, al igual que las riquezas o cualesquiera bienes materiales, es incapaz de llenar ese insondable hueco del destino del hombre. Cabe concebir en una especie animal los más rápidos avances técnicos, sin que por ello dejarán de ser animales. Porque lo humano, más aun que la conquista, es la insatisfacción ante la conquista, más que la técnica es el desencanto de esa técnica. Si un mono llegara a construirse un automóvil, probablemente ya no sabría dar un paseo a pie; si un avestruz inventara la luz eléctrica, los avestruces quedarían absolutamente desconcertados ya para contemplar la noche estrellada... Da pena ver cómo este mal terrible amenaza también a algunos hombres.

El comunismo no se remedia con reacciones individualistas, sino extremando el sentido de comunidad.

¡Cuidado aquí también con las imitaciones! En el ámbito nacional y en el internacional. ¡Qué lástima da ver en los mismos que denuncian abiertamente el peligro comunista la inanidad de los remedios que proponen! Citábamos antes al general De Gaulle. “Nuestro deber —dice a los franceses— es unirnos por encima de las divisiones partidistas para asegurar la homogeneidad francesa frente a los designios de quienes no juegan el juego de Fran-

cia." Ni un solo principio capaz de forjar esa unión, capaz de remover las conciencias. En cuanto a otros conglomerados, ¿hasta qué punto cabe tomar en serio a quienes, diagnosticando sobre Europa, predicán la unión a ultranza. ¿Qué unión es esa? Por de pronto, parece ser que mántiéndose a una dos planes de unión: la de todos los pueblos y la unión apurada de Occidente; y este doble juego resulta ya inoperante. Pero, además, ¿qué unión se postula? ¿Qué ideas comunes la dirigen? ¿Unión para qué y en nombre de qué? ¿Con esas fórmulas cuya redacción definitiva sólo sirve para encubrir los pensamientos? ¿De espaldas a la mayoría de las naciones? ¿Comprometiendo y cercenando la soberanía de las que quedan libres? ¿Montando ya —como prevenía a fines de julio último *L'Observatore Romano*— una solidaridad en función de intereses unilaterales para fomentar imperialismos exacerbados? ¿Buscando bases de equilibrio de poder, que equivale a fijar los jalones de una nueva guerra? ¿Burocratizando los grandes ideales de paz y de justicia?

Lo que necesitamos es una unión basada en la unidad de fe. Lo que necesitamos es que "el comunismo retroceda y desaparezca ante la comunidad de los hombres, y que esta comunidad se perfeccione en la comunión cristiana" (Pío XI). Únicamente esa comunión puede darnos la sensibilidad, la auténtica comprensión y compasión para las vicisitudes dolorosas de otros pueblos.

Si esto llegara a estimarse utópico, convendría renunciar ya de una vez para siempre a toda esperanza de unidad y, por tanto, de paz. Un autor nada sospechoso, Huizinga, reconocía hace algún tiempo: "La posibilidad de esperanza depende tan sólo de que se reconozca que en esta lucha las acciones se ordenan conforme a un principio de lo absolutamente bueno y lo absolutamente malo." Y más tarde, saliendo al paso de tanto equívoco esgrimido en torno a eso que llaman la civilización occidental, advertía: "el término Occidente sólo tiene sentido si con él se sobrentiende la Cristiandad latina, tal como ésta se aisló, a lo largo de la Edad Media, de los países que no encontraban ya en Roma el fundamento de la Iglesia".

Muchos se echan a llorar ahora por la unidad de Europa como si acabara de quebrarse, y hace cuatro siglos que se quebró. Occidente tendrá de perdurable a estas alturas lo que tenga de

espiritual, y de espiritual, de verdaderamente espiritual, sólo tiene su Catolicismo, uno y universal. He ahí por dónde la Iglesia va a continuar siendo, como en todas las crisis, la única garantía contra el desastre, y va a salvarse, como siempre, lo que salve y los que se salven con la Iglesia.

Esta verdad en nosotros tiene que calar más allá de cuanto signifique cálculo o construcción teórica. Ese baluarte de la Iglesia es seguro por la sencilla razón de que es mucho más que un baluarte, y nosotros nos defendemos desde él como cruzados, no como pobres gentes que cobran su seguro de vida. Nuestra comunidad anticomunista es fundamentalmente eso, una Cruzada, que no aspira a aniquilar, sino a convertir, comenzando por la propia conversión.

Lo primero que se requiere para ello es sobrenaturalizar todos los pasos, conscientes de que somos también de algún modo la sal de la tierra. "Una cristiandad en que todos los miembros vigilen sobre sí mismos; que deseche toda tendencia a lo puramente exterior y mundano; que se atenga seriamente a los preceptos de Dios y de la Iglesia, y se mantengan, por consiguiente, en el amor de Dios y en la solícita caridad para con el prójimo, podrá y deberá ser ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo, que busca sostén y dirección; si es que no se quiere que sobrevenga una enorme catástrofe o una decadencia indescriptible." (*Mit brennender Sorge.*)

Nosotros no tenemos la confianza boba en un mundo nuevo que nadie merece, sino el deber, no siempre agradable, de renovar el mundo. ¿Va a salvarse quizá con estadísticas de calorías, con películas sentimentales de exportación, con un cristianismo de aficionados, burocratizando con muchos secretarios y muchas taquimecas los grandes ideales? De la mano del Apóstol podríamos decir: "Si yo hubiere todas las técnicas filantrópicas del mundo y todos los recursos pacifistas, y no hubiere caridad, podré agitarme y tañer ruidosamente, pero no remediaré un solo dolor ni traeré la paz a los hombres."

Alguien dijo, Henri Massis, que en Europa no había ya otra unidad que la del sufrimiento. Tal vez, pero ¿qué partido podríamos sacarle a esa unidad! Ante el olvido de ciertas gentes, para quienes diríase que no ha pasado nada, ante las propias infidelidades, ante la frivolidad mental que no suele quedarse en

trivialidad mental, piensa uno si todavía habrá sido poco lo sufrido, si aun permitirá Dios que la humanidad sangre por mil heridas más hasta que se le salga el alma en un alarido de contrición. Hemos sufrido mucho, pero a pesar nuestro, y sin sacarle sus jugos al dolor. Y como eso no es lo humano, en los planes de la Providencia aguarda una fase de ascetismo, en que el hombre acepte a todo evento, con alegría franciscana, este sentido ascético de la vida que al cabo es el único congruente con ella. "La humanidad —anuncia Dixelius— se encamina hacia una comprensión más profunda del misterio de la Cruz, hacia un cristianismo, nuevo o viejo, cuyo centro de gravitación es la Cruz, el sacrificio del egoísmo y del afán de poder..."

Lo cual no es tan triste como algunos imaginan, y, sobre todo, es más real que tantas utopías. La paz tiene que brotar del dolor, y de un dolor de Cruz, con mayúscula, santificada. ¡Qué bien podríamos saber entonces dónde está la verdad en esta noche del mundo!

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre
aunque es de noche!
Aquella eterna fonte que está escondida:
¡Qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!
En esta noche oscura de esta vida
¡qué bien sé yo, por fe, la fonte fría!...

¡Qué programa de revolución, esta evolución desde adentro, continua, inexorable! Podríamos estar mucho más en contacto con la verdad que lo estuvo el pueblo de Dios. Bastara con que nos diéramos cuenta del valor de tantas cosas que repetimos rutinariamente, con esa torpe familiaridad del sacristán típico, que tira de lo divino en vez de purificar lo terreno, y hace que las mismas oraciones, por no ser auténtica oración, vayan como encalleciéndonos el alma.

Si yo fuera quién para lanzar una consigna, me limitaría a dar ésta: amar la justicia y detestar la iniquidad dondequiera que se encuentre, y mantener la paz interior para darla al mundo, una paz que no puede venir sin la justicia, pero que necesita además del amor. "Engañaron a mi pueblo diciendo paz, y no había paz", exclama Ezequiel. No estoy componiendo un final redondeado; me atengo a un texto de la "Summa contra gen-

tes" (III, 130): "Pero no basta para la paz y la concordia entre los hombres cumplir los preceptos de la justicia, si además no se establece entre ellos el amor. La justicia bastará para que el uno se guarde de hacer daño al otro, mas no para que se presten mutuamente la ayuda necesaria..."

Fuera triste quedarse a mitad del camino, enredados en la terminología trasnochada de una política mediocre. Aun desde el ángulo de las ambiciones de gloria, pensemos que es en las tinieblas donde mejor brilla la luz. Importa vivir, antes de lanzarse, y aun luego de lanzados a la acción, en un clima de preocupaciones e ideales que permitan ver muy claro los negocios humanos y percutir en el corazón mismo del problema. Toda la impaciencia juvenil hay que concentrarla en la formación y en el vuelo. Lo que no se haga en los años de formación, difícilmente se hará luego. Una de las tragedias reiteradas de este camino nuestro es la de malograr la coyuntura. Por eso muchas despedidas son tan tristes, por eso se agoniza al punto de morir: por la claridad con que entonces vemos el bien y las posibilidades que desdijábamos, por "el pesar de no ser lo que yo hubiera sido", como canta Rubén, por el remordimiento de haber esterilizado tontamente nuestra vocación, los designios de la Providencia.

Nosotros tenemos hace años un lema que creo habrán de adoptar todos: "Mitad monjes y mitad soldados." Porque estamos llamados a concertar en grado más subido que el común de los hombres el ímpetu y la norma. "Esta es buena caballería —decía ya el Victorial de Caballeros—, pelear por su ley e fe; cuanto más teniendo la verdad."

Y cuanto más, podemos añadir nosotros, habiéndonos costado tanta sangre y tanto dolor su reconquista.

JOSÉ CORTS GRAU.